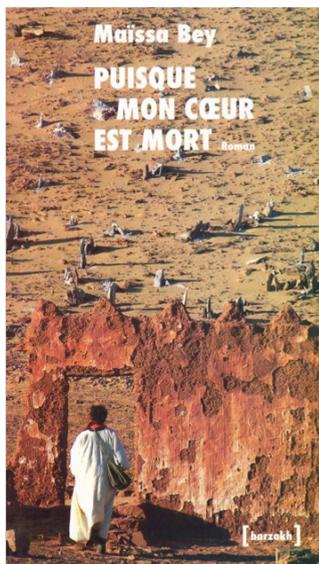


Maïssa Bey,
Puisque mon cœur est mort,
Argel, Barzakh, 2010, 240 pp. [ISBN: 978-9947851821]



El libro *Puisque mon cœur est mort* de la escritora argelina Maïssa Bey trata del intenso dolor que siente una madre tras la muerte de su único hijo de apenas 24 años, con el que vive sola, sin marido ni familia.

Para sentir a su hijo cerca de ella y no sucumbir a la locura, Aïda, la protagonista, decide escribirle cartas en un cuaderno. Escoge como remedio a su dolor la escritura porque es el medio que le permite sentirlo presente a su lado: “Te escribo porque he decidido vivir. Para compartir contigo cada instante de mi vida. Te escribo para desafiar la ausencia y retener lo que en mí permanece presente en el mundo”¹.

Las cartas que Aïda escribe a Nadir no tienen fecha.

Cada una de las cincuenta que le destina corresponde a un capítulo con un título que anuncia el objeto de la misma, pero siempre en relación con el tema principal del libro: el dolor intenso y el sentimiento de venganza. Si la pérdida de un hijo es de por sí terrible, lo es aún más cuando este hijo es asesinado. Entonces la herida es definitivamente incurable.

Esta profunda herida martiriza y corroe a Aïda hasta provocar en ella unas ansias de venganza brevemente anunciadas en el prólogo y en el epílogo del libro, así como en su primera y última carta. De hecho, la primera carta, titulada «Foto I», empieza con la frase: “Esta mañana, he

1 Este libro no está todavía traducido al español. La traducción de todos los fragmentos que aparecen en esta reseña es mía.

visto la cara de tu asesino”, y la última, que lleva por título «Fin», comienza así: “Está aquí, está enfrente de mí. Lo veo por fin. Nada puede apartar mi mirada de ese rostro. Me lleno de él. Por fin”.

A través de este procedimiento epistolar la protagonista hace un recorrido de su vida y la de su hijo; analiza la sociedad conservadora en la que vive, su propio comportamiento conformista a pesar de sí misma, para evitar cualquier crítica hacia ella como mujer joven, divorciada, que vive separada de su familia y económicamente independiente por ser profesora de universidad; cuestiona algunas prácticas de la tradición argelina y unos preceptos de la religión musulmana; reprocha el vuelco religioso extremista de la sociedad que ha conducido a los fanáticos a imponer su hegemonía mediante el terror y la muerte; critica la ausencia de las autoridades para restablecer la justicia; se rebela contra la impunidad y las leyes de concordia con los terroristas arrepentidos...

El libro no es autobiográfico, pero su autora, Maïssa Bey, se identifica con Aïda y nos convierte a los lectores en esta madre huérfana de su hijo. Se pone en la piel de cualquier madre que ha perdido a un hijo en plena década de terrorismo religioso que ha sufrido Argelia. Se implica en la vida de la víctima, describe sabiamente su dolor, lo decortica, analiza minuciosamente cada uno de sus aspectos, lo siente profundamente, lo entiende y lo analiza: “Dolor. Remordimiento. Culpabilidad. Odio. Soledad. Sensación de locura. Proyecto de venganza. Intención asesina...”². Vive el sufrimiento de Aïda y el de las demás madres cuyas reacciones pueden ser distintas, pero no menos profundas. Mujeres que se reúnen en el cementerio para recordar a sus seres queridos, muertos y asesinados en la década del dolor y la sangre que Maïssa Bey inscribe en una parte de su obra literaria como un testimonio para la historia del país.

La autora ha escogido intencionadamente el género epistolar para tratar la temática del libro. Por una parte, hace la lectura más amena e implica al lector que, por momentos, se siente destinatario de las cartas. Ello le afecta directamente, se siente interpelado y casi dispuesto a responder, porque la dureza de muchos pasajes le obliga a brindar su compasión y consuelo a esta madre desconsolada. Por otra parte, este género da mu-

2 Artículo de Nadia Agsous, «Puisque mon coeur est mort, Maïssa Bey», en *La cause littéraire*, 2012: <http://www.lacauselitteraire.fr/puisque-mon-coeur-est-mort-maïssa-bey>

cha libertad estilística y emocional. Una carta destinada a un hijo es de por sí afectuosa; las que escribe Aïda lo son, y rebosan de sensibilidad expresada de manera muy poética. Los fragmentos poéticos de las cartas de la madre manifiestan su amor filial y describen su estado de extremo dolor y de duelo. Son al mismo tiempo como una venda que se coloca sobre la herida para aliviarla; son un bálsamo que suaviza por momentos la dureza de la situación a la que está enfrentado el lector impotente ante una realidad cruel vivida por la madre y por Argelia.

En efecto, se trata de un dolor provocado por una situación dramática que ha vivido Argelia y que ha sido largamente tratada en la literatura de la urgencia iniciada en los años 1990: la tragedia de la “década negra” cuyos autores se beneficiaron de la ley de la Concordia, en 1999, y que la autora, por boca de su protagonista, pone en tela de juicio. Dedicar una reflexión crítica a esta “anomalía” en el capítulo 6 titulado «Palabras I» cuya estructura tiene la apariencia de un poema. Dice:

Me hablan de reconciliación. Me hablan de clemencia. De concordia, a falta de apaciguamiento. A falta de justicia y verdad.

Así que busco.

Busco por todas partes.

En la huella de los surcos sangrientos en las mejillas de las madres.

En sus manos cerradas a la ausencia.

En la mirada de las niñas violentadas.

En los gestos indecisos de un padre que tropieza al no poder apoyarse en el hombro de una mañana para afrontar el día [...] Pero solo escucho el sonido seco de las armas que se recargan y el chirrido ácido de los cuchillos que se afilan.

Ante esta situación de injusticia, Aïda se siente preparada para “afrontar a todos los que le hablarían de reconciliación y de perdón sin justicia”. En la carta 31 «Odio», cita a todos los que le piden que olvide su propia historia para que la Historia pueda escribirse; aquéllos que le aseguran que “nada de irremediable ha ocurrido, nada...”, y que lo que se llama hoy “tragedia nacional” no ha sido más que “un mal sueño” del que hay que borrar las huellas, por el bien común.

Semejantes reflexiones agudizan más el cambio que se produce en esta mujer tras el asesinato de su hijo. Experimenta como un despertar que

la hace libre, libre de pensar y de desvelar sus sentimientos a través de la escritura; de actuar de acuerdo con sus propios principios, contraviniendo lo que hasta ahora le ha sido impuesto por su entorno. Ahora no quiere fingir más y no le importan el oprobio y la exclusión porque ya no tiene nada que perder, puesto que lo ha perdido todo. El único vínculo vivo que le une a su hijo son los amigos de éste, principalmente Hakim, que se parece tanto a él y está siempre dispuesto a ayudarla. El drama se acentúa cuando Hakim, mortificado por la muerte de su amigo, se atreve por fin a revelar a Aïda que el que estaba destinado a morir no era Nadir, sino él mismo, por ser hijo de un comisario. Esta revelación aviva aún más sus ganas de venganza.

El epílogo desvela lo inesperado, que recrudece todavía más el dolor de Aïda, y el nuestro propio, como lectores y espectadores de semejante tragedia. Este final, que sume a cualquiera en un estado de extrema tristeza, me lleva a interrogarme si la venganza es la solución, si reconforta realmente, o si convierte a su autor en un asesino más.

Maïssa Bey es el seudónimo de Samia Benameur, nacida en 1950 en Ksar el Boukhari, provincia de Medea. Estudió Letras en la Universidad de Argel, antes de convertirse en profesora de francés y en asesora educativa en la ciudad de Sidi Bel Abbès, donde vive hasta la fecha. En el año 2000 fundó en esa ciudad la asociación cultural de mujeres 'Paroles et écritures', la cual creó, en 2005, una biblioteca con el objetivo de contribuir al desarrollo cultural de la zona y ofrecer un espacio artístico pluridisciplinar, así como actividades varias para niños, etc. En 1998 recibe el «Grand Prix de la Nouvelle de la Société des Gens de Lettres» (Francia) por su libro *Nouvelles d'Algérie* (Grasset, 1998). Su novela *Cette fille-là* (L'Aube, 2001) está galardonada con el «Prix Marguerite Audoux» (Francia); en 2005 recibe el «Prix Cybèle» por su libro *Surtout ne te retourne pas* (L'Aube, 2005) y el «Gran Premio de los Libreros Argelinos» por toda su trayectoria literaria. En 2008 le otorgan el «Grand Prix du roman francophone SILA 2008» (Salón internacional del Libro de Argel), y en 2010 recibe el «Prix de l'Afrique Méditerranée/Maghreb».